

puerta del hotel. Me acerqué: en el interior no había nadie. Lo toqué, sentí vibrar sus vidrios. Tan enloquecido estaba que me pregunté si sería Mirta. Entré en el hotel. En la conserjería no había ningún mensaje para mí. El portero no sabía quién había dejado ese automóvil. De pronto pasó algo inexplicable. Suavemente el automóvil empezó a alejarse. Traté de alcanzarlo. No pude.

Desde ese día, busco el automóvil por la ciudad. Más de una vez lo vi, me puse en su camino, sin lograr nunca descubrir quién lo manejaba ni morir bajo sus ruedas. Vivo en París, porque sólo en París puedo alcanzar mi esperanza, cumplir mi deseo.

Hay gente que me aplaude. "Qué lindo vivir aquí". Otra gente se pregunta, "¿Por qué diablos se fue a vivir a París?".

Anoche, después de salir en busca del automóvil, que no encontré, escribí una carta a Mirta, que le dejaré en la conserjería del hotel. Acá vivirá mientras tenga plata para seguir gastando. Cuando se acabe, buscaré trabajo.

Querida Mirta:

A qué me servirá vivir si no estás a mi lado. Amar en exceso destruye lo que amamos: a vos te destruyó el automóvil. Vos me destruiste (no lo digo con ironía). En esta ciudad

te busco porque te has transformado en esa horrible máquina que encerraba tu corazón acelerado cuando dormíamos juntos. Ahora te busco sin cesar, pero tu velocidad no me permite arrojarme bajo tus ruedas. Además nunca sé por dónde pasarás. Tal vez podría acostarme en medio de las calles por donde pienso que pasarás. Eran tantas las calles que te gustaban, que no puedo saber cuál vas a elegir. No comprendo cómo llegué a un tan absoluto renunciamiento de mí mismo: ya no tomo en cuenta lo que puedas sentir por mí. Soy un verdadero fantasma: el mundo que me rodea es un recuerdo, sólo un recuerdo. Lo actual no me importa. Débilmente vuelven a mí versos que me gustaron y que retuve en la memoria, fortalecida por la nostalgia; versos que fluyen como ríos, rodeando imágenes de árboles genealógicos o reales, árboles del mundo entero que no olvido: "es lo que llaman en el mundo ausencia / fuego en el alma y en la vida infierno".

Lo demás no existe, las ganancias, los precios de las cosas, la vida en la ciudad, los libros, las cuentas, las estafas, las guerras, las revoluciones, el prestigio, el deshonor, el sexo, la codicia, el terror; nada importa, podés estar segura, cuando el dolor ha carcomido los huesos y la sangre que la vida reanima por un instante frente al automóvil que te lleva.®

La vida (a)leve

DEL OLVIDADO ARTE DE ACABAR CON LOS MOSQUITOS

En la Española y restantes islas oceánicas hay lugares pantanosos muy adecuados para apacentar rebafios. Las colonias situadas en sus márgenes se ven duramente atacadas por diversas clases de mosquitos, producidos por aquel calor húmedo, y no sólo de noche como en las demás regiones; los indígenas, por tal razón, fabrican las casas bajas, con puertas pequeñas, apenas capaces para que entre su dueño, y sin agujeros, a fin de impedir el acceso de dichos insectos. Abstiniéndose también de encender antorchas, ya que los mosquitos acuden por instinto a la luz; sin embargo, muchas veces encuentran por donde meterse.

La naturaleza, autora de semejante azote, lo fue también del remedio, pues al modo que a nosotros nos ha dado los gatos para acabar con la plaga de los ratones, proporcionó a los indígenas unos astutos y por diversos conceptos ventajosos cazadores de mosquitos, a que llaman "cucuyos". Estos son unos gusanos alados, inofensivos y poco más pequeños que el murciélago. Yo mejor los consideraría como una clase de escarabajo, porque en idéntica disposición que éstos tienen debajo del ala que les sirve de dura caparazón otras que repliegan dentro de la misma cuando no vuelan.

A este animal, al modo que en las tinieblas vemos rebrillar las moscas nocturnas y entre la espesura de las cercas a ciertos tímidos gusanos, dióles la naturaleza previsora cuatro brillantísimos espejos, dos en el sitio de los ojos y dos en los ijares, ocultos bajo la caparazón, que sólo muestra cuando sacando sus finas alas, como el escarabajo, se echa a volar; cada cucuyo lleva, por tanto, consigo cuatro luminarias. Es cosa digna de oírse de qué manera son remedio de un mal tan grande como el que consiste en verse acosado por los aguijones de los mosquitos, que en algunas partes son poco más pequeños que los mosquitos.

El que advierte que tiene en su casa tan molestos huéspedes, o teme que se le metan en ella, procura coger algunos cucuyos a los que engaña con un ardido discurrido por la necesidad, admirable maestra. El que quiere hacerse con estos animales, sale de su casa con el primer crepúsculo nocturno, y llevando en la mano un tizón encendido se sube a cualquier altura próxima desde donde pueda ser visto por los cucuyos, y con grandes voces y dando vueltas al tizón grita con fuerza: cucuyo, cucuyo. Algunos simples creen que al ruido de la voz acuden los

cucuyos, deleitados por aquel estrépito, pues en realidad lo hacen con presuroso y acelerado vuelo; mas a mí se me figura que los atrae el brillo del tizón, porque a cualquier luz acude un enjambre de mosquitos, que los cucuyos se comen en el aire mismo, como los vencejos y golondrinas. En cuanto se reúne el número apetecido de cucuyos, el cazador suelta de la mano el tizón. A veces algún cucuyo sigue a la antorcha en su caída y se deja ir al suelo. Entonces es fácil cogerlo el que lo necesite, como el caminante apresado al escarabajo cuando lleva cerrada su caparazón. Afirman otros que la captura de los cucuyos no se efectúa del modo dicho, sino que los cazadores tienen preparadas unas ramas muy frondosas o anchas telas con las que les pegan mientras revolotean, derribándolos en tierra, donde se pesma y deja coger; otros dicen que cuando el animal cae le echan encima el frondoso ramo o la tela, y que así agarran la presa. Sea como fuere, así que el cazador se apodera de un cucuyo, vuelve a su casa, cierra la puertecilla y lo deja libre. El animal recorre en rápido vuelo la morada entera buscando mosquitos, debajo de las hamacas y en torno de las camas de los durmientes, que es lo que suelen atacar aquellos insectos, parecen como guardianes encargados de velar el sueño de los que allí descansan.

Otra ventaja graciosa y útil proviene de los cucuyos y es que cuantos sean los ojos que abra cada cucuyo, otras tantas son las luces de que disfruta su dueño, a cuyo resplandor hilan, cosen, tejen y danzan los indígenas, creyendo que los animales en cuestión, deleitados con la armonía de los cantos, ejecutan en el aire los movimientos de los que bailan; pero lo que ocurre es que el cucuyo sigue en su arrebatado vuelo, urgido de la necesidad de comer, las vueltas y revueltas de los mosquitos. También los nuestros leen y escriben a la luz que siempre despide el cucuyo mientras tiene de qué alimentarse bien. Pero así que los mosquitos se han terminado o han huido les resporece el hambre y su luz se va extinguiendo; los indígenas, cuando esto ven, abren la puerta dejándolo ir libre en busca de comida.

Padro Márcin de Angleria

Décadas del Nuevo Mundo. Séptima década (1524), libro IX. Traducción del latín de Agustín Millares Carlo.